Nueve historias espeluznantes y un relato sarcástico

Fernando Montes Pazos

Nueve historias espeluznantes y un relato sarcástico

Fernando Montes Pazos

Avant
editorial

Primera edición, febrerp del 2024
© Fernando Montes Pazos, 2024

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Ático A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 978-84-19970-87-9
IBIC: FF
DEPÓSITO LEGAL: M-6378-2024

LA ÚLTIMA PALABRA

«Vuela como una mariposa y pica como una abeja». La cita de Cassius Marcellus Clay venía continuamente a mi cabeza; y no soy seguidor del boxeo ni he visto un combate entero en mi vida, pero el símil aparecía en mi mente, me martilleaba. Y si yo fuera el entrenador en la esquina del cuadrilátero hubiera dicho lo mismo que leyendo estos relatos: este muchacho, Fernando, es un fuera de serie. ¿Habéis visto cómo golpea? Son diez historias como diez combates, como diez danzas del magisterio de la mariposa que nos conducen al aguijón final, donde esperará la caída, la muerte, y el misterio ante el inapelable desenlace. Y conste que yo he leído otros trabajos suyos, también dotados con esa narrativa que te mantiene en vilo y sacude cuando menos lo esperas, pero esto es, además, otra cosa. Yo no sé si fue el Covid, la muerte más presente que otras veces, las cosas duras de la vida, pero aquí hay algo más que una historia o que muchas historias: no es lo contado, el guion, la escena, lo que se ha puesto en juego, sino la literatura, con su plasticidad transformadora, para crear algo vivo; entiéndanme, quiero decir que aquí, siendo importante la historia, puesto que te atrapa, te engancha

y te «somete», no es lo más importante, y eso es lo que a mí me cautivaba al leerlo; es la literatura, la creación que hace posible el lenguaje. Y esa es la diferencia sustancial entre contar y hacer arte, o sea, entre escribiente y escritor. ¿Se entiende ahora mejor mi símil cuando digo que el púgil, al otro lado del ring, o al mismo lado, es, en realidad, el lenguaje?

Así, en la aparente sencillez de los diálogos o en una narración accesible, que se puede seguir sin diccionario al lado, y sin abismos gratuitos ni exhibiciones efectistas, encuentro un genuino tratamiento de la palabra, en cada una de las nueve historias y en el relato sarcástico, que me permite hablar, en puridad, de una obra literaria. Y eso no es cualquier cosa, sino, a mi entender, la verdadera aspiración que ha de tener el escritor: dominar el lenguaje, forzarlo, desnudarlo, danzar con él, conquistarlo; en el ámbito de la poesía, para crear una racionalidad nueva; en la prosa, para narrar de una manera artística. Y eso es lo que yo he visto en el texto, lo que he ido leyendo, por encima, incluso, de la magia de los desenlaces, de esa ferocidad con la que el cuento me enganchaba… ¿Qué ha pasado aquí? ¿Qué ha pasado, Fernando? Yo pienso que la experiencia de la vida o de la muerte, bebida a sorbos, ha ido ofreciendo la posibilidad de recrearla en el texto, de trasladarla, o mejor dicho, de transfundirla, sintagma tras sintagma, para que quede en él esa casi infinita carga de matices y tonalidades que tiene el alma humana. Tú dices: «En presencia de él, y a medida que se va haciendo más intenso, resulta imposible pensar en otra cosa que no sea el propio dolor ni desear nada que no sea el cese inmediato del mismo, aunque sea a costa de nuestra propia vida». Y es, efectivamente, en la presencia del dolor, donde, a veces, conmovidos hasta la extenuación, asistimos a ese milagro que es vernos por dentro, con el asombro de quien contempla la inmensidad de lo Real, por vez

primera. ¿Qué otra cosa puede llevarnos hasta la intimidad sino el (des)encuentro con la muerte? ¿Podemos conocernos en la dicha? Es el asombro ante lo trágico, su abismo, lo que nos hace preguntarnos por las cosas y, alguna vez, hallarlas como son. Tú dices: «Hasta se avergonzaba del énfasis con que aquellos que más le habían tratado recalcaban la que, al parecer, era su única virtud estimable: la bondad». Nos concierne a todos… Y «nadie cuenta con que realmente se va a morir. La muerte es, para la mayoría de las personas, una mera especulación teórica. Y ello nos lleva a la ingenua presunción de que no es necesario atesorar los momentos que jalonan nuestra andadura vital. Siempre habrá un mañana para volver a vivirlos. Solemos creer que el presente es una cuerda que podremos estirar ilimitadamente sin que llegue nunca a romperse». Son ejemplos de esa escritura que nos incumbe a ti y a mí, como un espejo que proyecta nuestra luces y sombras, en cada historia de una manera distinta, para llegar hasta el final desconocido, lo que acecha, la muerte, y sin embargo, de alguna manera, para repararla. «Lo que se perdía en una parte del universo se recuperaba en otra». Así, yo pienso que cada texto es una forma de buscar la justicia en la palabra, construyendo, recreando, el diálogo constante con lo desconocido, lo oscuro, la angustia existencial.

Y eso, en este libro, se va haciendo, como he apuntado antes, de una manera artística, mediante innumerables soluciones que no se exhiben locuazmente, sino al modo de ese vuelo que yo me figuraba al principio: elegante, tranquilo, hasta llegar al cierre, al golpe por sorpresa que te deja diciendo: «¿Qué ha pasado aquí?». Verbigracia, en la amplitud del vuelo, cada relato tiene un modo de conducirnos hasta su sorprendente resolución, de manera sencilla pero sin abandonar nunca el tratamiento que lo resuelva de una manera literaria.

Tomando como ejemplo esa pieza de ingeniería verbal que estuvo a punto de volarme la cabeza, titulada «Días del futuro pasado», y sin que esté en mi ánimo un análisis exhaustivo del texto, destacaría lo siguiente, también utilizado en otros relatos: la ironía y el humor más ácido para abordar el tema del viaje en el tiempo y la reunión con los «otros yo»; la declaración sobre la falta de lógica y credibilidad que ya anticipa el tono sarcástico del relato y también lo incrementa; el uso deliberado de la redundancia, añadiendo un toque de humor y sofisticación, o la retórica que también se emplea en frases como «lascivos comentarios en calidad de incipientes viejos verdes», destacando la elección precisa de palabras; comparaciones ingeniosas, «como si fuéramos una pareja de animalillos»; hipérboles hilarantes, como la descripción de la música alta en el bar que «evita que alguien oiga nuestra conversación y telefonee inmediatamente al manicomio»; estructuras sintácticas complejas que ayudan a transmitir la propia complejidad emocional y el pensamiento de los personajes; la alternancia entre diálogo y narración que aumenta el interés y el ritmo; el uso del lenguaje coloquial para hacer la historia más accesible y cercana, dándole carga de verosimilitud a una truculenta historia de ciencia ficción; la capacidad de crear un giro en la trama con el uso del suspense y la revelación, como cuando dice que la máquina del tiempo no permite retroceder más de veinticinco años; el desarrollo de los personajes que permite elevar el tono humorístico y el dinamismo del relato; las interrupciones y pausas dramáticas, o el suspenso en lo que están explicando los protagonistas, para mantener la atención; algún apunte filosófico, mencionando la teoría nietzscheana del eterno retorno y la perspectiva del tiempo como un sendero que se bifurca, acaso una reminiscencia de la admiración de nuestro autor por Borges, que agregan profundidad al tema central; retornos al pasado en

la historia, que plantean nuevas posibilidades; tensiones entre los personajes que añaden dinamismo al desarrollo de la trama; el sarcasmo, como cuando Fernando 2 utiliza la expresión "poder adquisitivo del año 2032" para justificar no pagar la cuenta; los giros inesperados, como la revelación de que la máquina del tiempo parecería un contenedor de basura, impecablemente limpio, lo que refuerza el enfoque cómico y genera más sorpresa… y más ganas de seguir leyendo, lo que creo es el principal objetivo del escritor. ¿No estamos en la obligación de preocuparnos, al menos en parte, por el placer del lector? En este caso, el placer se iba mezclando con el dolor, porque, como digo, el texto me iba haciendo trizas; a cada gancho de izquierda le seguía un croché a la mandíbula o un golpe sin piedad al hígado. Qué habilidad esta, Fernando, de mezclarnos el placer y el dolor, como en la vida misma. Ay, recuerdo ahora, cómo me dolía lo que le sucedía al bueno de José Tomás, en el relato titulado *21 centímetros*, cuando veía peligrar a su «hermano pequeño» a manos de aquellas dos mujeres, pertrechadas con bisturí y pinzas, con las que había imaginado un trío… Qué distinta es la vida de lo que suponemos. (También podría ser este un buen texto para analizar con más detalle, aunque creo que me estoy excediendo como prologuista, pues frecuenta muchos de los registros que me hicieron salivar de gusto en otros relatos, verbigracia, un tono simbolista «echó a andar detrás de ella como si estuviera bajo los efectos de la hipnosis, fascinado por el magnetismo de aquella cinturita y aquellos glúteos perfectos, enmarcados por los exiguos shorts. Los toros actuaban exactamente del mismo modo cuando se les mostraba un capote», cómo en el sueño e imaginaciones de José Tomás, casi poético, «el falo había alcanzado proporciones colosales, semejándose a la gran custodia que portan en la procesión del Corpus», y a pesar de ese tono, un diálogo realista, que

contribuye a la verosimilitud de la trama y a la caracterización de los personajes, es decir, a que resulten creíbles; el cambio de perspectiva, como la alternancia entre la descripción objetiva de los eventos y las reflexiones subjetivas de José Tomás, creando una conexión más íntima con el personaje; el uso de imágenes sensuales o eróticas (¿Eros versus Caronte?); la utilización de la sorpresa como recurso de estilo, como cuando se reveló la presencia de Sonia; los diálogos de tono juguetón y provocativo; las descripciones detalladas, que nos permiten habitar en la historia, viviendo sus eventos, participando de ella, bien sintiéndonos amigo del protagonista o, incluso, el protagonista, en este caso para mal, pues hasta yo sentía amenazada mi entrepierna.

Pero volviendo al movimiento de la mariposa, como metáfora del modo en que el autor da vida a la historia hasta el certero golpe que la finaliza de un modo deslumbrante, diremos que hay variadísimos estilos. A veces con un ritmo de tensión gradual; otras, creando simetrías en los movimientos, al comenzar el relato, que luego nos devuelven un eco o inversión sorprendente hacia el final. En otras ocasiones, a modo de tempos distintos en la misma narración, alternando diferentes perspectivas narrativas que son como giros inesperados. De repente, la mariposa nos acerca a las cuerdas en un amago de derechazo; otras veces, parece que su danza es pausada y… ¡zas! Nos conduce a la lona, pero nos deja levantarnos para continuar el juego.

Así, el juego con los tiempos es un modo de «movernos», de hacernos bailar al ritmo de la mariposa. Por ejemplo, con el uso de analepsis, flashbacks de eventos pasados o prolepsis, flashforwards que van anticipando el futuro; o estableciendo un tono o un tema aparente que luego se desvía hacia el final, o manteniendo ciertos aspectos de la trama o de los personajes casi en penumbra hasta el último instante, donde una revelación

nos fulmina. O alternando movimientos verbales más lentos y más rápidos hasta el impacto en los momentos clave. Hay una infinidad de recursos que nos van atrapando, seduciendo, en esa danza que parece incluso amistosa, siendo tan venéfica.

Y es que no puede ser de otra manera; hablamos, a fin de cuentas, de un combate a muerte, con la muerte, en el que vamos a salir perdiendo, aunque se nos concedan algunas aparentes ventajas. ¿No nos dice la muerte, certera, en cada texto, que, al fin, la voluntad nos sirve para interpretar nuestra historia o vivirla de un modo romántico, pero quien tiene el poder, el único poder de decisión real, es Ella? Nos creemos triunfadores, nos sentimos incluso capaces de engañar al destino, pero ¿quiénes somos? Muñecos de papel en sus manos, hasta que ella quiera y como quiera.

Qué bobos, salivando de gusto ante lo que consideramos victoria, la perenne satisfacción de nuestros caprichos, creyendo que quedarán impunes nuestros anhelos. Hasta que el soplo de oxígeno que entra de la calle hace el resto, como en ese relato de *Casaquemada*, y estalla todo, dejando únicamente ceniza de lo que fuimos y quisimos. Qué es la vida, Fernando, más que un juego, como el título de tu relato, del que siempre nos creemos los protagonistas y no hacemos otra cosa que ir dando tumbos, soportando los embates de las pequeñas y cotidianas muertes hasta el golpe de gracia, que acaso, como nos recuerdas, sea el acto purificador, el remedio ante tanto dislate de la palabra, de los hechos, de las contracciones. Y del azar.

Tú nos lo dices: «Lo que en realidad ha llevado a esas personas a conseguir ese presunto éxito que ellos creen merecer es una combinación de azar y falta de escrúpulos, exactamente igual que la que me ha llevado a mí a labrarme la pequeña fortuna de la que ahora dispongo. Si bien yo tengo la suficiente lucidez como para

ser consciente de ello, y no caer en ese burdo endiosamiento del que adolecen todos ellos. Absurdamente atribuyen lo que ellos llaman éxito en la vida a no sé qué cualidades personales, que los hacen destacar sobre el resto de los mortales. Y el siguiente paso es el de olvidarse de que son vulnerables, y de que son mortales, cuando, a la hora de la verdad, les pegas un tiro y sangran igual que los demás».

Porque la muerte tiene la última palabra.

Pero esto es el arte, la literatura: jugar con ella hasta la redención posible.

SALVADOR NEGRO

NUEVE HISTORIAS ESPELUZNANTES Y UN RELATO SARCÁSTICO

UN AS EN LA MANGA

A Ismael Crespo le resultaba muy difícil determinar con exactitud cuándo aquello —que unos catalogaban como vicio, otros como enfermedad y no faltaba quien lo consideraba una destreza— había dejado de ser un juego para convertirse en una profesión. Así como por lo general no le costaba ningún trabajo reconstruir episodios diversos de su biografía, incluso los que se encontraban más alejados en el tiempo, su memoria se estrellaba contra una especie de muro al intentar remontarse más allá de aquellas improvisadas partidas de mus con los amigos que, al discurrir de las horas, los días y los años, habían dejado de ser un hábito para transformarse en algo muy parecido a un ritual del que no era posible sustraerse. También ese recuerdo se hallaba borroso y como disuelto en una neblina de alcohol y tabaco que con el tiempo se había hecho más espesa. Solo sabía que, en un momento dado, le habían aburrido el humo de los cigarrillos negros y el whisky barato, motivo por el cual decidió abandonar las veladas de los garitos para pasar a codearse con las más altas esferas; es decir, resolvió explotar a fondo su superior habilidad con el naipe y dar pábulo a su inveterada vocación de tahúr.

Este consorcio con el azar no fue visto en principio con muy buenos ojos. Su madre en repetidas ocasiones le había recriminado por su falta de previsión de futuro, subterfugio con el que pretendiera enmascarar su propia vergüenza. La decisión de Ismael tras escuchar sus bienintencionados consejos fue terminante: viviría al día. Aunque en un primer momento, con vistas a tranquilizarla, afirmaría que «eso» era una afición y que, de ningún modo, estaba dispuesto a descuidar su trabajo en la oficina, lo cierto es que no tardó en modificar su criterio al percatarse de que «ahí» se ganaba dinero de manera mucho más fácil. El desenlace no se hizo esperar: perdió su empleo en la oficina si bien, a decir verdad, ello no le produjo grandes trastornos nerviosos. Nunca le había entusiasmado el monótono ruido de los dedos deslizándose por los teclados ni la luz pálida de los tubos fluorescentes.

Sin embargo, es preciso reconocer —aunque él no lo hiciese nunca— que semejante estilo de vida también comportaba sus ligeros inconvenientes. El hecho de pasar una media diaria de ocho horas sentado a la mesa de juego casi siempre iba unido al de ingerir una cantidad importante de alcohol, y ello, a su vez, solía generar una serie de conductas agresivas contra los que le rodeaban que lo habían sumido paulatinamente en el más completo aislamiento al privarle de la estima de las pocas personas que lo quisieran de verdad. Por no mencionar el inevitable deterioro físico al que le arrastrara la creciente proliferación de sus tertulias vespertinas, así como los frutos de dichas tertulias, pues el consumo de whisky no se limitaba ni mucho menos a las sesiones lúdicas, sino que a menudo se prolongaba durante gran parte del día siguiente para pretender ahogar con él el recuerdo de una mala noche. Lo cierto es que, a pesar de faltarle aún dos años largos para la cuarentena, su cabello grisáceo y su

semblante enflaquecido hubiesen inducido al fisonomista más avezado a atribuirle una edad muy superior. Dicho en pocas palabras: su cuerpo era una perfecta ruina humana. Y él lo sabía.

La presente noche no había sido una de las peores para Ismael. Una sucesión de bazas afortunadas se había encargado por fin de cortar la mala racha que en las últimas semanas viniese perpetrando auténticos estragos en su espíritu y en su rostro. Hasta tal punto se había convertido este en reflejo de aquel que en la mañana de ese mismo día un conocido suyo —porque ya no le quedaban amigos— al toparse casualmente con él le dijo:

—Te veo desmejorado, Ismael. ¿Qué te pasa? ¿Te ha ido mal en el juego?

Hubiera deseado partirle la cara, tentación que se tiene muy a menudo con los mensajeros portadores de las malas noticias cuando son ciertas estas. Pero todo aquello quedaba bastante atrás en el olvido, pues esa había sido su gran noche de suerte. O al menos tal cosa creía él.

Absorto se hallaba Ismael en estos felices pensamientos cuando, al disponerse a cruzar la calle para entrar en el portal de su casa, algo le llamó la atención. Había luz en la ventana de su cuarto, ubicado en un noveno piso. Se vino a fijar en ella en parte porque era precisamente la única iluminada a tan altas horas de la madrugada y, en parte, porque la experiencia aportada por los muchos años sentado en la mesa de juego había desarrollado en él un agudo sentido de la observación. Aquello era muy extraño. Solo cabían dos explicaciones posibles: o bien se había olvidado de apagar la luz antes de salir de casa, algo que nunca le había sucedido anteriormente; o bien Teresa, la única persona que tenía una llave del apartamento, había decidido volver tras cuatro meses de separación. Ambas hipótesis le parecían sumamente improbables. De antemano excluyó una tercera opción, la de que

alguien hubiese entrado a robar, por considerarla disparatada. Ningún ladrón cometería la estupidez de encender la luz para que pudieran sorprenderle in fraganti. Después de unos instantes de titubeo, se decidió por la segunda posibilidad:

—Es Teresa, que ha vuelto. Seguro que a hacerme alguno de sus reproches.

Si bien en principio no le agradaba demasiado la perspectiva de tener una escena con su excompañera, en el fondo se sintió regocijado. El hecho en sí de que hubiera venido, aunque no fuese más que para mostrarle su indignación, era cien veces preferible al ninguneo al que lo venía sometiendo durante los últimos cuatro meses, bloqueando sus llamadas y sus mensajes. Ismael atribuyó este tímido soplo de alegría a la convicción falaz, si bien profundamente arraigada en su interior, de que todavía la amaba. Pero la realidad era que más bien necesitaba de alguien que lo amase a él para que le tuviera lástima y le justificase, y así poder de algún modo refrendar su autoestima.

En parte porque le habían animado esta serie de reflexiones y en parte porque el frío húmedo de la madrugada comenzaba a taladrarle los huesos, se decidió definitivamente a cruzar la calle y entrar en el portal. Llamó al ascensor.

Mientras subía, no podía por menos que sentirse invadido por un sentimiento de moderada euforia. Al fin y al cabo, si ella había vuelto, sería con la intención de quedarse por muy duro y embarazoso que en un principio resultara su reencuentro. Cierto que habría muchas cosas de las que retractarse y bastantes promesas que hacer —todas ellas igualmente difíciles de cumplir—, pero al menos aquello constituía un buen augurio.

Cuando por fin llegó arriba e introdujo la llave en la cerradura, se dio cuenta de que la puerta estaba cerrada con dos vueltas, tal y como él la había dejado antes de salir de casa. Eso

echaba por tierra todas sus conjeturas al tiempo que desbarataba sus esperanzas.

«He sido yo, que me he dejado la luz encendida », concluyó amargamente para sí.

A buen seguro que hubiese roto a llorar de no ser porque otro sentimiento, el del asombro mezclado con una cierta dosis de temor, vino a reemplazar al desencanto. Al entrar vio que —sentado en la mesa que, a veces, le servía de escritorio y leyendo despreocupadamente uno de sus libros— estaba sentado un joven de porte enjuto y largos cabellos negros que vestía un elegante traje del mismo color que los cabellos.

—¿Quién es usted? ¿Cómo ha entrado aquí? —preguntó airado Ismael, una vez pasada la perplejidad inicial.

Por toda respuesta, al sentirse interpelado, el desconocido levantó la cabeza y se limitó a decir parsimoniosamente:

—Por fin has llegado, Ismael. Hacía tiempo que te esperaba.

Al tener ocasión de mirarle de frente, pudo apreciar mejor Ismael la pavorosa fealdad de su rostro, cuyo rasgo más notorio era el acusado contraste entre la extrema palidez de la faz y el brillo mortecino de sus grandes ojos oscuros, vidriosos y faltos de expresión. Pero lo que más le impresionó fue el timbre hipnótico de su voz grave, que parecía proceder de una caverna de profundidad infinita y que se hallaba a la vez dotada de un mágico poder de persuasión. Por otra parte, ni sus palabras ni sus movimientos denotaban sobresalto alguno, como si su presencia en aquella casa fuese completamente normal y no hubiera nada de que extrañarse. Pese a tal cúmulo de circunstancias desconcertantes, Ismael logró sobreponerse y reunió el coraje necesario para replicar:

—¡Eh, tú! ¿A qué vienen tantas confianzas? Yo a ti no te he tuteado. Y ahora dime a qué has venido o llamo a la policía inmediatamente.

—Creo que la explicación llevará algún tiempo. Será mejor que cierres la puerta mientras tanto para que no haya corriente —fue la respuesta del otro, pronunciada en el mismo tono sepulcral.

—¡Debes estar loco! ¡Ni muerto haré nada que tú me mandes!

Aún no había terminado de hablar cuando oyó un ruido amortiguado a sus espaldas. Volvió la cabeza y comprobó con estupor que la puerta se había cerrado sola, obedeciendo instantáneamente a la orden del misterioso intruso. Este hecho insólito le confirmó a Ismael hasta qué punto era inútil su rebeldía. De nuevo dirigió, angustiado, la mirada al enigmático visitante, quien se acababa de incorporar de su asiento y caminaba hacia él con andares pausados pero firmes.

—¿Quién eres? —volvió a preguntar Ismael en un tono de voz quejumbroso y balbuciente, que hacía que su interrogante pareciera casi una súplica.

—Tú mismo te has dado hace un momento la clave para responderte a esa pregunta. Dentro de muy poco vas a estar muerto y, lo quieras o no, tendrás que acompañarme.

Y, dicho esto, alargó una mano del color de la cera, cuyos largos y finos dedos se cerraron en torno a su codo como una tenaza de hielo. «¡Cielos, qué dolor!», pensó. Nunca hubiera imaginado tanta fuerza en aquel cuerpo huesudo y en aquel semblante famélico. Todavía estaba preguntándose, mientras procuraba aguantar a duras penas el acero sin brillo de los ojos implacables que lo traspasaban, si todo esto no sería el producto de una broma macabra, pero lo cierto era que le resultaba materialmente